

**Transformar nuestras emociones en acontecimientos.
Feminismo, filosofía y urgencia¹**

Panchiba F. Barrientos
panchiba@gmail.com
Universidad de Chile²

“Como tenía ganas de que me pasaran cosas y nunca pasaba nada transformé mi emoción en un acontecimiento”³

Estoy muy contenta de haber sido invitada a participar de esta mesa en la que nos convoca la celebración de los 70 años de la publicación de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, y de poder estar aquí, no sólo por lo importante que resulta reflexionar hoy en torno a este libro y a los desafíos que se nos plantean al pensar en el cruce entre filosofía y feminismo, sino también porque este coloquio es un espacio atravesado de afectos y de historias que, entre resistencias, sueños y riesgos, nos permiten recorrer nuevos recovecos para pensar acerca de los modos en los que nos atrevemos a interrogar los límites de nuestras disciplinas y a reflexionar sobre cómo podemos leer los textos que han construido -y también los que han desafiado- los cánones que delimitan los márgenes de lo filosófico.

El cruce entre feminismo y filosofía nos interpela directamente como investigadoras, profesoras y estudiantes, permitiendo el surgimiento de nuevas lógicas de complicidad, nuevas temáticas y sentidos éticos en los que se combinan las posibilidades ligadas a la construcción de conocimientos que ensayan nuevas formas de existencia y el surgimiento de encuentros que derivan del estallido de lo posible, dando paso a un conjunto de horizontes en los que se entrelazan lo íntimo y lo público; las escrituras autobiográficas y la historia; los imaginarios de lo micro y

¹ Este texto fue presentado en la mesa Alteridad y epistemología del Coloquio "A 70 años de *El segundo sexo: vigencias y desvelos*". Realizado en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el 31 de mayo de 2019.

² Panchiba F. Barrientos es Historiadora feminista.

³ Beauvoir, Simone (1986). *Memorias de una joven formal*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, p.269.

las miradas críticas acerca de las normas que ordenan nuestros mundos y dan sentido a los grandes relatos de lo universal.

Al adentrarnos en los cruces entre filosofía y feminismo nos transformamos, siguiendo lo que nos propone la chicana Gloria Anzaldúa, en un amasamiento, “en un tipo de criatura imaginaria que cuestiona las definiciones de la luz y la oscuridad otorgándoles nuevos significados” (Anzaldúa, 1987, p.103). Aventurarse en la potencia de los torbellinos que se desatan en el cruce entre la filosofía y los feminismos, es soñar con despojar de su poder normativo a las estructuras que han sostenido históricamente el núcleo de una disciplina que durante muchísimo tiempo ha insistido en lo universal, en lo abstracto, en la borradura de la diferencia y de lo local. Es por tanto, en parte, desaprender y dejar marchar los sentidos de la certeza para experimentar con lo posible, lo vivible y lo deseable.

Sentarnos a pensar juntas, hoy, en este auditorio para compartir las preguntas que surgen desde la obra de Beauvoir, desde las teorías feministas, desde la filosofía y desde la urgencia y las demandas de los tiempos que habitamos, nos invita a ensayar nuevas formas de comunidad y a desafiar los mandatos de la producción académica en filosofía, abriendo paso al surgimiento de registros de escritura marcados bajo el signo de lo extraño, de lo intermedio, de los afectos, de eso que nos toca en algún lugar profundo hasta producir en nosotras un cambio accidentado del que no sabemos ni su forma final, ni sus alcances, ni sus tiempos. Dejarse tocar por las palabras es abrirse a la posibilidad del abismo que todas llevamos dentro, pero que hemos aprendido a acallar para poder sobrevivir en un ambiente que nos norma, nos obliga a mirar hacia ciertos lugares y no hacia otros y que nos impulsa a renunciar a un conjunto de preguntas que se nos muestran como demasiado marginales, poco representativas o incluso superficiales.

¿Cómo leer a Beauvoir 70 años después de la publicación de *El segundo sexo*?
¿Qué necesitamos hoy para leerla? ¿Tiene un futuro Beauvoir o tenemos nosotras un futuro posible con su escritura? ¿Desde qué lugares nos interpela? ¿Cómo podemos interactuar con las palabras de una feminista que, en apariencia, se muestra tan distinta a nosotras y tan distante? ¿De qué modos se juega esa diferencia y cómo la re-conjuntamos?

Dejarse tocar ¿cómo nos relacionamos con Beauvoir después del 2018?

Cuando exploramos nuestras historias articulamos nuevos archivos desde los que se vuelve posible pensar e interpelar el mundo, estos archivos, tal como señala Sara Ahmed en *La promesa de la felicidad*, “se conforman a partir de encuentros, y

adoptan la forma de una huella mnémica de los lugares en que hemos estado” (Ahmed, 2018, 48). Pensando en esto es que quiero compartir con ustedes hoy una historia, o quizás, más bien, contarles un secreto. Para luego, a partir de esto intentar explorar algunos elementos que me parecen fundamentales para pensar en torno a las filosofías feministas y en los modos de reflexión y escritura que pueden desprenderse de ellas.

Desde hace un tiempo llevo siempre conmigo, guardado cuidadosamente en un bolsillo de mi billetera, un pequeño tesoro. Es un papelito blanco doblado en varias partes en el que escribí una cita de Simone de Beauvoir que una amiga muy querida, Gilda Luongo, me recitó de memoria y casi sin error ni un punto, mientras trataba de calmar mi ansiedad y frustración “porque no me pasaban cosas”, o bueno, más bien, porque no pasaban las cosas que yo quería que *me* pasaran.

Estando en casa de Gilda, escribí a mano sobre este papel, la cita de Beauvoir con la que comencé la lectura de este texto, y que dice lo siguiente: “como tenía ganas de que me pasaran cosas y nunca pasaba nada transformé mi emoción en un acontecimiento” (Beauvoir, 1986, p. 269). Ahora llevo siempre conmigo el papel en el que están inscritas estas palabras, como una especie de amuleto que me roza a diario la pierna derecha a través del bolsillo del pantalón y me recuerda los modos extraños en los que circulan los recuerdos, las experiencias y los tiempos que nos hacen. Este papel y esta cita funcionan, para mí, como una marca que define lo accidentado de nuestros propios acontecimientos y lo importante que es poder reconocer que muchas veces nuestras historias y, por tanto, también nuestras reflexiones más significativas comienzan con una sensación, una emoción o, incluso con una cierta fricción o incomodidad, desde la que es posible descubrir fisuras que desgarran lo que hemos construido como los límites de lo que existe y de lo que somos, abriendo frente a nosotras nuevas formas de estar en el mundo y de encontrarnos con otros.

Para mí el descubrimiento de esta cita ocurrió en un tiempo intenso, de interpelaciones y aprendizajes, de historias antiguas que se entrelazaban con aventuras y deseos nuevos, con sueños, enojos y miedos que abrían momentos de felicidad y preguntas que a veces tenían un origen muy claro, pero que, también, otras veces podían ir cambiando de forma, a medida que los íbamos contando y cargando de palabras. Con esas palabras, cuando nos atrevíamos a articularlas, llegaban los libros y con los libros, referencias a películas, anécdotas sueltas, fragmentos de historias del teatro, escenas de series, tazas de té y, por supuesto, cuando se volvía imperativo que algo nos salvara, iban apareciendo algunas citas que mediaban entre nosotras y nuestros propios torbellinos, extendiéndose como puentes que nos permitían encontrar en otras voces, experiencias, afectos y

sensaciones que nos tocaban de manera directa -y a veces brutal- empujándonos a salir de nuestras posiciones fijas para adentrarnos en otras posibilidades de habitar, es decir, en nuevas formas de dejarnos tocar en las que se jugaban el tiempo y las distancias en un ejercicio que, utilizando la expresión de la propia Simone de Beauvoir, podemos identificar como una forma de abrir caminos para la autorización de la esperanza.

La cita que llevo conmigo es parte de *Memorias de una joven formal*, un libro autobiográfico publicado por Beauvoir en 1958, cuando esta autora cumplía 50 años, y en el que se lanza a la aventura de explorar las rutas de sus propias memorias y los trazos que habían conformado su existencia. De este libro se desprende una fuerza imparable, que abre frente a nosotras nuevas formas de pensar en nuestros lugares de encuentro, en el autoconocimiento, en nuestros compromisos éticos, en la amistad, en el amor y en las posibilidades de lo político, que se despliegan como un ejercicio *de dejarse tocar* y de desaprender desde las que esta autora nos convoca a dejar de medir lo importante en razón de un sentido productivo, es decir, con un resto, para comenzar a pensarlo más bien en función de sus potencias, de lo que se moviliza, de su fuerza de apertura nómada y de su potencia plástica.

Creo que retomar esta frase de Beauvoir ahora, en este coloquio articulado por el colectivo de filosofía feminista que se ha desarrollado en nuestra facultad y que nos convoca este mayo post 2018, en tiempos en que se cumple un año desde las históricas movilizaciones que sacudieron a las universidades chilenas y a la sociedad más allá de sus muros, es un gesto que nos obliga a mirar los modos en los que los feminismos impulsan y reconfiguran nuestras posibilidades de pensar y sentir el mundo, a la filosofía y a nosotras mismas como sujetos políticos.

La voz de Simone de Beauvoir nos interpela y circula entre nosotras excediéndose a si misma para terminar por atravesarnos de maneras múltiples en un conjunto de gestos que a veces son dulces y otras tantas, representan sacudones muy violentos. Esa misma voz nos ofrece, también, abrir posibilidades de reconocimiento para nuevas coordenadas de transformación y de sentido desde las cuales aquello que nos afecta deja de ser algo que nos pasa, para transformarse en algo que hace el mundo, mostrándonos nuevas configuraciones posibles para pensar más allá de lo conocido, lo seguro y lo que nos parece controlable.

Lo que nos enseña esta frase de Simone de Beauvoir que nos invita a ampliar nuestros modos de pensar acerca de aquello que nos pasa -es decir, acerca de los sentidos de lo que se vuelve real cuando algo nos toca- es que escribir sobre o desde las filosofías feministas no es sólo una tarea académica, sino que más bien,

se trata de una actividad que, mediada y, al mismo tiempo, desafiante de los mandatos disciplinares, escriturales y temáticos de la filosofía, se resiste a agotar sus posibilidades en límites formales impuestos de antemano y se atreve ensayar modalidades de pensar que traicionan los cánones, las corrientes y los horizontes de sentido que han sostenido el núcleo de las preocupaciones filosóficas que actúan ocultando su sesgo particular bajo la apariencia de lo neutro y desplazando las diferencias como lo otro no representable.

Ciertamente lo que se desprende del esfuerzo escritural autobiográfico emprendido por Simone de Beauvoir en *Memorias de una joven formal* y lo que se queda con nosotras a partir de la cita que tanto quiero -y de la que les he venido hablando hasta ahora- nos conecta y anuda con otras pensadoras feministas, impulsándonos, por ejemplo, a pensar junto a Helena López sobre los modos en los que “la recuperación de lo emocional pone en jaque la tradición epistemológica cartesiana que entroniza la razón a expensas del cuerpo” (López, 2014, p. 16) o que nos invitan a preguntarnos, como es el caso Judith Butler, “¿Cómo entender [la] conexión entre vulnerabilidad y resistencia deseante en el terreno del activismo?” (Butler, 2017, p. 47).

Poniendo como centro un debate que piensa los espacios de enunciación del yo y las identidades como siempre “marcadas por la multiplicidad de posiciones de sujeto que constituyen al sujeto” (Brah, 2011, p. 152), las filosofías feministas intentan dar cuenta del conjunto de relaciones sociales, experiencias y articulaciones del poder que constituyen a los sujetos al interior de marcos históricos y políticos específicos.

Atendiendo a lo anterior es que surgen preguntas que son fundamentales y que nos interpelan de manera directa como feministas ligadas a la investigación y la reflexión desde la filosofía y las humanidades, pero también desde dimensiones éticas relacionadas a nuestra toma de posición y autoreconocimiento como agentes de lo político y activistas feministas. Estas preguntas tienen que ver con asuntos urgentes en los que se juegan nuestras posibilidades de imaginar y construir nuevos mundos posibles, pero también con nuestras propias vulnerabilidades, con nuestros lugares oscuros y con esos silencios que, a veces, nos convierten en cómplices de distintas formas de violencia: ¿Cómo pensar desde las filosofías feministas hoy después del 2018? ¿Desde dónde imaginar nuevas configuraciones de lo ético a partir de los cruces entre feminismo y filosofía? Y ¿cómo responder desde la filosofía feminista al levantamiento de ciertos discursos esencialistas que se imaginan radicales y apuntan a exigir prerequisites de acceso para quienes pueden ser aceptadas como feministas o que incluso se atreven a definir de antemano quienes pueden pensarse y ser reconocidas como mujeres? ¿Qué potencias -si no el odio- son aquellas que

se liberan en función de un conjunto de supuestos que apelan a la naturaleza y a la biología para definir quienes pueden o no acercarse a existir junto a nosotras -en tanto que activistas, feministas y “mujeres”- para articular nuestras comunidades políticas y participar de la reflexión en pro de la configuración nuevos mundos más allá de las normas?

Debemos asumir -y esto también es de cierta manera, una parte importante de los legados de los movimientos del 2018 y un desafío por venir- que feminismo es una palabra compleja, una palabra de lo múltiple, que nunca se agota en una posibilidad singular y que se encuentra siempre en disputa. Feminismo es un concepto que, no está libre de cargas de violencia ni de nuevas estructuras normativas ligadas a situaciones relacionadas con el poder, las lógicas de la visibilidad, los sentidos de la representación, e incluso, con posibilidades de reapropiación del mercado o instancias neoconservadoras. Por supuesto estas preguntas y preocupaciones no son cosas nuevas. No es que no lo hallamos venido pensando desde antes o que las teorías feministas hayan decidido silenciarlo sino más bien, se trata de que, justamente a partir de la potencia de los estallidos feministas del año pasado, “feminismo” se transformó en una palabra de uso corriente, que irrumpió en las calles y de cierta manera se desbordó, desdoblado sus propios significados y volviendo cada vez más complejas nuestras posibilidades de encontrarnos en torno a ella. ¿Existe un tiempo para el feminismo hoy, un tiempo verdaderamente movilizador, o más bien tendríamos que buscar nuevas palabras para pensar en nuestras posibilidades de imaginar juntas desde variables múltiples y sin prerequisites o exclusiones esos mundos complejos, entrecruzados y abrumadores que articulan nuestras experiencias y nos conforman como sujetos? ¿Qué configuraciones feministas necesitamos? ¿Qué nuevos compromisos?

Urge pensar acerca cuáles son los nombres y figuraciones que es conveniente rescatar y (re)crear a la hora de imaginar políticas y filosofías feministas que se ocupen de desmontar y de no volver a inscribir aquellos modos de subjetivación que impiden la revisión crítica de las diferencias que estructuran nuestras experiencias individuales y también colectivas. Debemos comprender que “el sujeto de la conciencia feminista no es un sujeto unitario, siempre igual a sí mismo, dotado de una identidad estable; ni [es] un sujeto únicamente dividido entre masculinidad y feminidad” (De Lauretis, 2000, p. 134).

Insistir en la necesidad de pensar en torno a las relaciones entre filosofía y feminismo es hacerse parte “de un deseo de vivir, de hacer la vida posible, y de replantear lo posible en cuanto tal” (Butler, 2007, p. 24). Es arriesgarse, entonces, a imaginar nuevos mundos e invitarlos a entrar en nuestras propias configuraciones

y representaciones de lo que somos y lo que nos rodea, asumiendo todos los riesgos que puedan derivarse de las eventualidades de dicha apertura.

Me parece pertinente decir, para terminar esta reflexión, que pensar en el cruce o en la relación entre filosofía y feminismo es atrevernos, con Simone de Beauvoir a transformar nuestras emociones en acontecimientos y en volver esos acontecimientos incrustados en las profundidades de nuestros mundos de lo íntimo en puntos de anclaje para el surgimiento de nuevas posibilidades para lo político, para el encuentro con otros y para la transformación de lo que imaginamos como posible.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2018). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.

Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlands/ La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.

Beauvoir, Simone (1986). *Memorias de una joven formal*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Brah, Avtar (2011). *Cartografías de la diáspora: identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Butler, Judith (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith (2017). "Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle". *Nómadas* (Col), núm. 46, abril, 2017, pp. 13-30.

De Lauretis, Teresa (2000). *Diferencias: etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y Horas.

López, Helena (2015). "Prólogo". En: Ahmed, Sara. *La política cultural de las emociones*. Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México D. F.: PUEG-UNAM.